

Conflictividad social y contradicción: entre las clases y los movimientos sociales.

Guido Galafassi.

Cita:

Guido Galafassi (2017). *Conflictividad social y contradicción: entre las clases y los movimientos sociales*. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/519>

Conflictividad social y contradicción: entre las clases y los movimientos sociales

Guido Galafassi (GEACH – UNQ/CONICET)

Eje Temático: 9. Sociología del poder, el conflicto y el cambio social

Nombre de mesa: Las clases no existen, pero que las hay..., las hay”: Clases sociales, acción colectiva y movimientos sociales

Guido Galafassi: GEACH-UNQ y CONICET, ggalafassi@unq.edu.ar

Resumen: La lucha de clases debemos considerarla atravesada en forma permanente por múltiples contradicciones, expresándose diferencialmente una o alguna de ellas de acuerdo tanto a la constitución social de que se trate como del proceso histórico de constitución de la misma. Esto para nada implica dejar de admitir que la contradicción capital-trabajo siga siendo la contradicción fundamental en toda aquella formación social en la cual predominen las relaciones sociales capitalistas. Sino que por el contrario, implica ampliar y complejizar el análisis para comprender mejor la diversidad de conflictos de las sociedades modernas. Y es así entonces que podemos reconocer, además de las clases, toda otra serie de sujetos colectivos –de diferente densidad tanto ontológica como sociológica-, entre los cuales los movimientos sociales quizás hayan emergido en las últimas décadas como los más característicos. Pero también los procesos de construcción de subjetividades e identidades así como los procesos ideológicos y culturales asentados en la dialéctica coerción-consenso atraviesan la multiplicidad de contradicciones y antagonismos, tanto la contradicción primaria capital-trabajo como el resto de los antagonismos.

Es entonces que solo interpelando a la diversidad de contradicciones y entendiendo la jerarquía que puede establecerse en cada caso, dependiendo claro del nivel de abstracción, es como pueden entenderse la multiplicidad de conflictos de la sociedad moderna y la diversidad de sujetos actuantes que interaccionan, de manera más directa o más mediada, siempre con el proceso estructurante de la lucha de clases.

Palabras clave: conflictividad, contradicción social, clases sociales, movimientos sociales

Conflictividad social y contradicción: entre las clases y los movimientos sociales

*Guido Galafassi*¹

Introducción: de la caracterización fenoménica a la caracterización dialéctica de la conflictividad

La clara impronta de cambio permanente y antagonismo intrínseco de las sociedades capitalistas contiene en sí misma una motorización de la conflictividad que, consecuentemente, se renueva en forma dinámica, emergiendo configuraciones procesuales, variaciones de contradicciones y sujetos colectivos que mutan y se recombinan a la par que la dialéctica de la lucha de clases genera transformaciones continuas tanto de las relaciones materiales, como políticas y culturales. Esto de ninguna manera implica el abandono de ciertos patrones básicos consustanciales a la estructuración de la modernidad y que subyacen pero al mismo tiempo definen y se nutren de la dinámica del cambio. Es entonces que no debe sorprendernos (lo que de ninguna manera implica el no intentar explicar) el incremento de esta dinámica de cambios en determinados momentos y la emergencia permanente y renovada de lo “nuevo”. Es en este contexto, y a propósito de la actualización y profundización de variadas formas de conflictividad, que desde los años '60 y en las sociedades industriales avanzadas se viene produciendo una revitalización de las teorías sobre el conflicto social ancladas en la perspectiva del actor y del sistema social a propósito de la emergencia de disputas en la cual intervienen colectivos y sujetos sociales no necesariamente identificados como “clase obrera”. El vacío dejado por las crisis de los paradigmas contrahegemónicos a fines de los '70 fue sin dudas la oportunidad para que, y con motivo de la transformación y reanudación de los procesos de conflictos en toda América Latina, se generara la oportunidad para traer a estas latitudes intelectuales y académicas aquellas renovadas formulaciones teóricas. El foco se construye, en estas concepciones desde una mirada fenoménica basada en una conjunción entre sistema social e individualismo metodológico, y está puesto en pensar el conflicto bajo las categorías de “acción colectiva” y “movimiento social” (y sus sucedáneas “protesta” y “nuevos movimientos sociales”), contraponiéndose a las visiones más dialécticas que implican considerarlos como procesos de antagonismo social. Antagonismo social que, en cambio, se expresa tanto en los procesos de transformación como en las prácticas cotidianas constituyéndose en dinámicas inherentes al proceso de la sociedad en su conjunto, siendo las clases en tanto pilar de la lucha de clases, las categorías de análisis fundantes. La disputa económica, política e ideológica sería la clave tanto de la propia realidad como del análisis de la misma.

Pero la categoría “lucha de clases” sigue siendo clave para entender la conflictividad en cualquier sociedad de clases (claro, bajo la premisa de saldar la deuda intelectual respecto a la necesaria consideración de la acción de los sujetos). Mas, no se puede dejar de puntualizar que el problema se ha generado con la esencialización y absolutización de la lucha de clases como paradigma explicativo de todo y más, impidiendo de esta manera ver la multiplicidad de expresiones y manifestaciones de las relaciones sociales que se dan en el marco de la complejidad creciente de una sociedad de clases. Lo que hace esta esencialización es anular es anular la existencia de variadas formas de contradicción que se interpenetran entre sí y emergen de diversa manera y en diverso nivel de importancia a lo largo de la historia y el espacio. Y siendo en la sociedad capitalista la contradicción capital-trabajo aquella contradicción fundamental y que en última instancia (o en un

¹ Director del GEACH – UNQ (Grupo de Estudios sobre Acumulación, Conflictos y Hegemonía) e Investigador CONICET. Profesor Titular Universidad Nacional de Quilmes. ggalafassi@unq.edu.ar

alto nivel de abstracción) puede sintetizar el nudo principal de la conflictividad, no constituye sin embargo -en la mayoría de los casos- una explicación suficiente, pero si necesaria, para entender más complejamente la multiplicidad que adquiere la sustanciación y expresión de las relaciones sociales entre sujetos con identidades diferenciales. Serán los procesos de acumulación de capital aquellos que nos ayuden a comprender la construcción de una constelación de relaciones de producción deslindantes de muchas características de la conflictividad. Proceso que a su vez se nutre y corresponde en diverso grado con las elaboraciones diversas de las dimensiones políticas, culturales y subjetivas, constituyéndose formas variadas de construcción de procesos de dominación y hegemonía.

Es mi intención con este artículo, continuar el proceso de reflexión teórica alrededor de la conflictividad, asumiendo el carácter dialéctico del proceso social para tratar de interpretar los conflictos y la lucha de clases a partir de la emergencia de las diversas expresiones del ser social, considerando clases, fracciones de clases, movimientos y organizaciones sociales en relación, con el modo de acumulación en el cual se gestan y emergen, con la presencia de distintas formas de antagonismo y contradicción, y como expresión de un proceso histórico que se interpenetra con las dimensiones y dinámicas culturales y políticas de construcción de instancias de legitimación de las relaciones sociales en términos de igualdad/desigualdad, dominación y hegemonía.

Clases/lucha de clases y movimientos sociales

Es largo el historial de lo producido y el debate subsecuente en torno a la problemática de las clases sociales y la lucha de clases. En principio cabe distinguir la diferenciación entre las visiones sobre las clases que las independizan de la lucha de clases de aquellas otras que de ninguna manera pueden pensarlas como categorías autónomas. Será esta última discusión sobre la que me interesará esbozar algunos comentarios introductorios, dada la esterilidad de la categoría clase social en tanto solo segmento estratificador por su insustancialidad en tanto pensamiento dialéctico.

Entender a la clase social en tanto componente consustancial a la lucha de clases ha tenido y tiene aún, un recorrido de debate sumamente extenso y variado, del cual fundamentalmente me interesará aquel que se sumerge y compenetra en la tensión existente entre la clase en tanto componente estructural de una sociedad basada en el antagonismo y la clase en tanto resultado y construcción histórica de la acción humana a partir de conexiones portadoras de identidad y significado. De más está decir que la variante estructural es la más extendida por cuanto es aquella que enlaza más visiblemente con las preocupaciones de Karl Marx por desentrañar las reglas del capital en tanto relación social que guía las relaciones de explotación y dominación en la sociedad capitalista. En todo caso, las perspectivas que resaltan la clase en tanto construcción de relaciones subjetivas emerge más fuertemente en las últimas décadas con la intención justamente de contrarrestar el carácter determinativo de la clase en forma exclusiva por sobre los sujetos. Y es de interés esta tensión porque es aquella que me permitirá luego poder articularla en una noción de conflicto dialéctico que pueda dar una mejor cuenta de la complejidad de variantes que asume la conflictividad en una sociedad de clases (con el antagonismo como característica clave) y que se visibiliza más cabalmente en las últimas décadas, montada sobre una diversidad de contradicciones y en donde la dimensión cultural de consenso-coerción y de construcción de identidad (conciencia) cobra una importancia fuerte y que en muchos casos van más allá de la primaria y fundamental contradicción presente entre el capital y el trabajo, sin que esto implique negarla, ignorarla o minimizarla.

Se hace necesario al día de hoy, luego de tantas décadas de debate, comenzar a incorporar definitivamente para la comprensión y explicación de la realidad socio-histórica una perspectiva que contemple los diferentes planos y las dimensiones que la integran, ya no en una perspectiva sistémica sin jerarquías donde los componentes están en función del mantenimiento del conjunto; sino desde una complejidad dialéctica que pueda articular los diversos grados de determinación que puedan

emanar de la dimensión estructural junto a la irreductible sustantividad de la acción de los sujetos y de las construcciones culturales y simbólicas que imprimen valores e identidades en pugna.

Es en este sentido, que de tanto en tanto han surgido intentos de superación, simultáneos o parciales de la esclerosis que han sufrido tanto el marxismo como las interpretaciones alternativas en sus versiones más dogmáticas y que se caracterizaron por: un cierto reduccionismo mecanicista y economicista en el análisis del antagonismo y la conflictividad, un cierto “obrerismo” exclusivista en versiones del marxismo más dinámico; un relativo empirismo “sin teoría” en buena parte de la historia, la sociología y la antropología “académica” más ortodoxa; un dominante ahistoricismo en la sociología funcionalista; una ausencia de teoría en el historicismo empírico de buena parte de la historia -sea marxista o liberal-, y también un sesgado reduccionismo individualista en las teorías interpretativas de la acción. Dentro del marxismo se ha venido generando algún debate al respecto, centrado especialmente en sostener la centralidad de la estructura o, por el contrario, separarse de esta “determinación” para darle lugar al sujeto; sin percatarse, salvo pocas excepciones, del relativo exclusivismo obrero de sus análisis². Desde la otra vereda, las conceptualizaciones contemporáneas sobre los movimientos sociales han intentado, o por lo menos así lo manifiestan, superar algunas de estas trabas, recayendo sin embargo en nuevas manifestaciones individualistas de estos viejos parcelamientos y teniendo fundamentalmente como supuesto la negación u ocultación de la lucha de clases.

El desafío es entonces articular una perspectiva de análisis dialéctica que supere los reduccionismos de diverso tipo y que permita vislumbrar en la diversidad de los procesos de conflicto los patrones de unidad que la atraviesan al mismo tiempo que la manifestación en tanto diferencias en sus expresiones espaciales e históricas. Esto implicará poder reconocer ciertas tendencias a las determinaciones y sobre-determinaciones de un predominantemente origen estructural, sin caer en ninguna clase de reduccionismo ni totalitarismo explicativo. Al mismo tiempo y de manera estrictamente dialéctica, deberemos poder interpretar y explicar, en base al reconocimiento de una diversidad de contradicciones presentes, la multiplicidad de situaciones y dimensiones en donde los procesos de construcción de hegemonía, en tanto la sumatoria de componentes políticos, ideológicos, culturales y subjetivo-identitarios se vuelven relevantes. Procesos estos últimos que interactúan tanto en la definición para la gestación de procesos de conflictividad generando las condiciones de emergencia de los mismos, como a su vez en el desarrollo de estos procesos, marcando e influenciado los caminos seguidos, aunque siempre -y no está de más insistir- en correlación dialéctica con las dimensiones estructurales³. Dimensiones estas que emanan básicamente de la presencia de las relaciones sociales de producción que configuran a través del tiempo diferentes modos de acumulación del capital y de gestación de formaciones sociales dinámicas en permanente proceso de contradicción y reelaboración interna. Pero todo esto, implicará como se dijo, el tener que admitir relaciones dialécticamente jerárquicas (para así no caer, como se dijo, en la indefinición tautológica de los análisis sistémico-funcionalista) que no tienen que ser necesariamente homogéneas en el

² Sin lugar a dudas que uno de los primeros pasos a dar en romper cualquier reduccionismo pero especialmente el economicismo, es sumarle a la dimensión económica de base las dimensiones políticas e ideológicas; tal como lo realizado por Nicos Poulantzas (1977), quien al definir clase social parte en primer término de su vinculación inseparable con el proceso de lucha de clases para al mismo tiempo que reafirmar la determinación en base al proceso de producción, completar la explicación con el importante papel que cumplen las dimensiones políticas e ideológicas. Pero claro que antes que Poulantzas, otros varios autores bucearan en una lectura no reduccionista del marxismo, destacándose Lukács, Gramsci y los diferentes integrantes de la Escuela de Frankfurt.

³ Será el propio Engels en su carta a Bloch, quien deja abierta la puerta al desentenderse de una férrea determinación estructural y plantear que son los mismos hombres, y sus voluntades individuales, los que hacen la historia; pero sin desconocer nunca la importancia crucial de la determinación económica. Esta posición será definida como ambigua, muchas décadas después por E. P. Thompson y criticada como insuficiente tras afirmar que la clase deviene de la experiencia y se constituye en la propia lucha. Pero el principal foco de crítica de Thompson (1981) será Althusser (1967) quien, según el historiador inglés, hasta desprecia esa interpretación parcial de Engels a favor de las voluntades humanas. Williams (1977) será sin dudas otro autor clave a este respecto.

desarrollo del proceso socio-histórico, sino que por el contrario asumirán variantes diversas a lo largo del tiempo y el espacio⁴.

Será este clásico debate base-superestructura una piedra angular clave para complejizar la mirada sobre la clase social y la lucha de clases a la hora de comenzar a analizar la conflictividad desde una mirada dialéctica. Conflictividad inherente a toda sociedad de clases que se sustenta en la presencia de antagonismos de diversos grados y que conjuga precisamente tanto la dimensión económica que mejor se expresa a partir del entramado de los procesos de acumulación como la dimensión político-ideológico-cultural que pueden encontrar en el concepto de hegemonía un punto de clivaje clarificador.

Pero hablar de lucha de clases entonces, también implica no caer en el simple reduccionismo de creerla como nada más que el enfrentamiento (cuerpo a cuerpo) entre sujetos ya sea en una calle o una fábrica. Lucha de clases es un proceso al mismo tiempo que una condición permanente de toda sociedad de clases en donde las relaciones sociales están mediadas mayoritariamente por relaciones de explotación y de dominación/hegemonía; explotación que se visualiza más claramente en las relaciones sociales de producción y los procesos de acumulación, pero que se materializa en todos los planos; y dominación/hegemonía que se visualiza más claramente en las dimensiones de lo político, lo cultural y lo ideológico-subjetivo, pero que se materializa también en todas las dimensiones. La síntesis dialéctica de explotación y dominación se da en la noción de alienación. Esta lucha de clases implica la puja permanente por explotar -dominar/hegemonizar (alienar) y por no ser explotado-dominado/hegemonizado (no ser alienado) para al mismo tiempo intentar, en ocasiones, liberarse -desalienarse- (ya sea de forma consciente y organizada a nivel colectivo o de forma subrepticia y a nivel cotidiano-subjetivo). Y este proceso, en su doble sentido dialéctico, permea todo el amplio espectro de las relaciones sociales en sus múltiples dimensiones y a través de las diversas contradicciones. Es así que en el proceso complejo de la lucha de clases participan abierta o solapadamente las clases y fracciones de clases pero también otra serie de sujetos colectivos como movimientos sociales y/o socio-políticos, además de los más clásicos partidos políticos, grupos de poder, lobbies, etc. Pero si bien la lucha de clases atraviesa todo el entramado de relaciones sociales, esto no implica que toda expresión más o menos abierta de conflictividad se remita directamente a las clases en lucha, por cuanto diversas y múltiples contradicciones pueden llevar a situaciones de conflicto sin que la contradicción fundamental de la división de la sociedad en clases adquiera un papel protagónico en ese fenómeno. Pero al mismo tiempo, que la lucha de clase se exprese abierta y visiblemente a partir de la confrontación burguesía/(Estado)-proletariado, de ninguna manera significa que todo empieza y termina en la contradicción fundamental, sino que por el contrario a las clases hay que entenderlas como una articulación compleja de múltiples dimensiones, más allá que las clases sociales tengan su definición principal en el plano de la relaciones sociales de producción. El mundo de las significaciones, representaciones, interrelaciones subjetivas, construcciones ideológicas, legitimaciones de liderazgo y rangos por predisposiciones psicológicas, relaciones de poder y construcciones de hábitos cotidianos, etc., además de la trama política; constituye un elemento clave y fundamental a la hora de entender las diferentes situaciones de lucha y procesos de conflicto, así como de sus resultados (además de ser componentes fundamentales que complejizan las caracterizaciones de las clases en sí mismas y en consecuencia de la lucha entre ellas). Y será esta multiplicidad jerarquizada de condiciones y procesos los que se expresan a partir del antagonismo inherente a toda sociedad de clases y a las contradicciones diversas -algunas de las cuales, como la contradicción fundamental capital-trabajo son propias del capitalismo-, pero otras son previas y

⁴ Por esta precisa razón, es que será clave referirse y referenciarse también al debate presente en el pensamiento crítico latinoamericano, desde Mariátegui (1928) que enfatiza los aspectos culturales e históricos del campesinado indígena peruano, pasando por las críticas al determinismo de Ernesto Guevara, el rescate de lo político por Silvio Frondizi (1958) y la filosofía de la praxis de Adolfo Sánchez Vázquez (1967) hasta Milcíades Peña (1958) quien profundiza la noción de alienación poniendo en profundo entredicho la interpretación mecanicista de la lucha de la clases llevada adelante por lo que él define también como “materialismo vulgar”.

permanecen, teniendo a su vez manifestaciones diferenciales a lo largo de la historia y el territorio. Un análisis de la diversidad de contradicciones será un requisito indispensable para poder entender la emergencia de los llamados movimientos sociales y la complejidad dialéctica de los procesos de conflictividad.

Contradicciones en una sociedad de clases

Planteado un debate inicial pero necesario sobre las clases y la lucha de clases, vale ahora adentrarse un poco en la cuestión de las contradicciones y antagonismos, o aquello que el propio Althusser planteó como sobredeterminación, contemplando así la presencia de múltiples contradicciones que nos permite entender la aparición de los movimientos sociales y la presencia de conflictos de diversa índole.

Al definirse la modernidad en términos capitalistas se sentaron las bases de una contradicción fundamental (pero no única) dada entre el capital y el trabajo. El capital necesita de la fuerza de trabajo para poder realizar su plusvalía al mismo tiempo que le significa costos que por lo tanto tiende a eliminar o disminuir. Y la fuerza de trabajo, dadas las condiciones de “libertad individual” y disponibilidad única de su capacidad laboral, necesita forzosamente emplearse para poder conseguir su sustento diario, vía el circuito del dinero; a pesar de que esto implica someterse a relaciones de explotación que por razones obvias no pueden aceptarse. Así, esta condición de necesidad mutua guarda esencialmente su propia impugnación, por la tendencia a la eliminación de los costos por un lado y de la relación de explotación por otro.

Pero esta contradicción asentada en la predominancia de las relaciones de producción, se instala junto a otras premisas fundamentales de la modernidad liberal como son el humanismo, el racionalismo, la libertad individual, la propiedad privada y la igualdad, esta última solo en el plano de los derechos y las oportunidades. Premisas que a su vez fungirán como promotoras de otras contradicciones que interactúan o pueden interactuar en grado diverso por cuanto vienen a reemplazar valores y sustentos socio-culturales que sin embargo nunca terminarán por desaparecer como la religiosidad, el espiritualismo, la noción de cuerpo social, la propiedad comunal y la desigualdad como marca de origen de las castas y estamentos.

Junto a esa contradicción fundamental entonces, me gustaría destacar también la constitución del antagonismo que se genera a partir del proceso de privatización de lo común, comenzando por la tierra en tanto medio de producción, y del trabajo en tanto creador de valor que se traduce en la mercantilización ininterrumpida y creciente de las múltiples dimensiones de la vida. Si en el feudalismo y en las culturas extra-europeas previas a su colonización el carácter de lo común ocupaba un lugar de relativa alta importancia tanto en la producción como en los valores simbólicos, la lógica del capital fue cercenando crecientemente esta premisa por cuanto su propia constitución se asienta en la apropiación privada e individual de los medios de vida, su legitimación normativo-jurídica, su justificación ideológica y cultural y su rubricación política en tanto proceso de construcción de hegemonía. Así, de la apropiación privada de la producción se pasa gradualmente a la constitución de la propiedad privada como un valor esencial y cada vez más excluyente en el modo de vida moderno-capitalista, cubriendo gradualmente todos los aspectos de la existencia; profundizados actualmente en la creciente y persistente tendencia neoliberal y en la profunda crisis de las diversas corrientes ideológicas y políticas críticas del capitalismo.

Y esta mercantilización y privatización de lo común (justificada y aceptada mayoritariamente) se entrecruza entonces con la contradicción fundamental, penetrando así la esencialidad de la modernidad capitalista. Pero se superpone además con otra serie de contradicciones que persisten, surgen y/o se multiplican, pudiendo constituirse en ciertos casos y por momentos en antagonismos más sobresalientes que aquel definido entre el capital y el trabajo. Contradicciones y antagonismos de género, étnicas, político-ideológicas, culturales-identitarias, entre la sociedad y la naturaleza, entre el capital y las condiciones de producción (la llamada segunda contradicción del

capitalismo por O'Connor), entre los principios de liberalismo económico y aquellos del liberalismo políticos, entre el sujeto como individuo y el sujeto como miembro de un cuerpo social, entre tener o no tener trabajo, entre lo común y lo privado como característica de los bienes materiales y simbólicos, entre las diversas formas de valorar la vida y la existencia, etc. Es sobre esta diversidad de contradicciones que se monta la emergencia de una multiplicidad de situaciones de conflicto y de movimientos sociales en las últimas décadas, los cuales mayoritariamente no se identifican, ni con, ni como clase obrera (más allá de estar integrados en muchos casos por trabajadores de diversa índole –aunque no solo por trabajadores-).

Entender la conflictividad moderna implica por lo tanto, atender tanto a la contradicción primaria y fundamental entre el capital y el trabajo como a todas estas series de contradicciones, pues es a partir de todas ellas que se construyen y emergen las diferentes series de procesos de conflicto montados sobre un soporte básico de una sociedad regida por la lucha de clases en tanto está constituida por clases antagónicas. Es entonces importante retomar aquellas consideraciones esbozadas por Althusser (1967) respecto a la contradicción y la sobredeterminación que quiebra precisamente la tradicional concepción monista comenzando a registrar una diversidad de contradicciones con orígenes diferentes, pudiendo atender así las especificidades y la diferencia, examinando las múltiples determinaciones para así dar cuenta de las particularidades en tiempo y espacio⁵. Pero esta multiplicidad de contradicciones no implica considerarlas todas en un mismo plano de igualdad. ¿Cómo se evidencia entonces la relación jerárquica entre las contradicciones? En el marco de la sociedad capitalista la mayor parte de las contradicciones no fundamentales podrían ser eliminadas o cuanto menos llevadas a su mínima expresión, lo cual de ninguna manera implicará la superación de la sociedad de clases, por cuanto seguirá persistiendo la contradicción fundamental (a pesar de haber disminuido la desigualdad en muchas dimensiones). Esto muestra a las claras que la multiplicidad de contradicciones no equivale a imaginarse un modelo al más puro estilo sistémico en el cual todos los componentes son equivalentes (funcionalismo), ni tampoco un sistema atomizado gobernado por la individualidad. Es que el conjunto diverso de contradicciones mantiene una relación diferencial con la estructuración del colectivo social y sus expresiones en lo subjetivo, poseyendo una alambicada correlación dialéctica jerarquizada en donde las contradicciones no tienen todas el mismo nivel de importancia a la hora de definir y/o condicionar el proceso dinámico de la continuidad socio-histórica. Así, si bien todas las contradicciones tienen la capacidad de generar conflictos y procesos de alienación parciales, y por lo tanto sujetos colectivos (e individuales) que emergen en consecuencia, cada una ocupará una relación diferencial respecto a la posibilidad de limitar o condicionar la continuidad de las relaciones de explotación y dominación asentadas en el antagonismo de clase, quedando la contradicción capital-trabajo como aquella absolutamente necesaria, aunque no absolutamente suficiente, en tanto pivot clave para la superación de la sociedad de clases. Es que mientras la contradicción fundamental es inherente tanto en el plano teórico (nivel de lo abstracto) como en el plano práctico (nivel de lo concreto) al desarrollo sine qua non del capitalismo -es decir que el capitalismo no podría existir sin la presencia clara de la contradicción fundamental-; el resto de las contradicciones (complementarias) podrían dejar de existir en el plano teórico (abstracto) y disminuirse drásticamente (o hasta eliminarse) en el plano de la práctica social (concreto) a partir de múltiples reformas, sin que esto implique ni la crisis ni la superación del capitalismo. Es decir que el

⁵ Pero pensar la diferencia no implica adoptar el desplazamiento en boga que traslada el eje de la práctica al discurso, tal la tónica dominante en el deconstruccionismo, sino pensar la diferencia en consonancia con la unidad en términos de estructuras complejas de dominación y consenso (hegemonía) y en consonancia con los niveles de abstracción en el camino que va de lo abstracto a lo concreto. Es decir que será clave el proceso de pensar en pos de una articulación como reemplazo del esquema antinómico "diferencia - unidad". Esta noción de articulación es lo que destaca Stuart Hall (2010) respecto de las ideas de Althusser (1967) en relación a la contradicción y la sobredeterminación, en tanto mérito por poder pensar a partir de aquí la unidad y la diferencia de manera dialéctica, dado que si bien es cierto lo del continuo desplazamiento que diferencia la particularidad, al mismo tiempo no podemos negar los procesos de fijación a ejes de generalidad. De aquí la noción de articulación.

capitalismo, desde un plano teórico y práctico, seguiría existiendo igual si las contradicciones complementarias pudieran ser anuladas. Esto implica que si bien la lucha de clases está presente en la multiplicidad de las relaciones sociales en el contexto del capitalismo, donde más cabalmente se expresa es al nivel de la contradicción fundamental por cuanto es esta la que aporta el mayor contenido en la definición de las clases. Esto para nada implica que la contradicción capital-trabajo no atraviese el resto de las contradicciones lo que por lo tanto implica que puede expresarse en mayor o menor medida en la multiplicidad de conflictos existentes en la sociedad capitalista. De lo que se trata es de analizar la complejidad dialéctica del conflicto y poder así descubrir la incidencia y presencia de una o más contradicciones en tanto núcleo condicionante/determinante de la conflictividad.

Es entonces que la lucha de clases no se expresa todo el tiempo como tal en su faceta más explícita en donde a cada clase le corresponde necesariamente siempre una conciencia determinada ni en donde la única o casi predominante contradicción es aquella planteada entre el capital y el trabajo; sino que está permeada y articulada en forma permanente por estas múltiples contradicciones, expresándose diferencialmente una o alguna de ellas de acuerdo tanto a la constitución social de que se trate como del proceso histórico de constitución de la misma. Y es así entonces que podemos reconocer, además de las clases (con toda su complejidad que no se termina en una simple división binaria y maniquea) toda otra serie de sujetos colectivos -de diferente densidad tanto ontológica como sociológica-, entre los cuales los movimientos sociales quizás hayan emergido en las últimas décadas como los más característicos. Sujetos colectivos que interaccionan dialécticamente con y en la constitución de la sociedad de clases y con el proceso subyacente de lucha de clases. Esto implica tener que reconocer toda una serie compleja de procesos de construcción de identidad y subjetividades que caracterizan tanto a las diferentes clases y fracciones de clases como de sujetos colectivos y expresiones de la individualidad, que se montan entre y sobre los procesos políticos de dominación y construcción de hegemonía. Es importante dejar claro que los procesos de construcción de subjetividades e identidades así como los procesos ideológicos y culturales asentados en la dialéctica coerción-consenso atraviesan la multiplicidad de contradicciones, tanto la contradicción primaria capital-trabajo como el resto de las contradicciones. Es que el proceso de acumulación y construcción de hegemonía en tanto reproducción de las relaciones de clase en el capitalismo, implica no solo la reproducción de las relaciones de producción, explotación y plusvalía, sino toda una serie compleja de valores y construcciones ideológico-culturales que legitiman y crean consenso respecto a la división en clases de la sociedad, naturalizando la desigualdad y el individualismo al crear el consentimiento colectivo necesario que hace que el statu quo básico no se modifique. Es entonces que solo interpelando a la diversidad de contradicciones y entendiendo la jerarquía que puede establecerse en cada caso -dependiendo, claro, del nivel de abstracción-, es como pueden entenderse la multiplicidad de conflictos de la sociedad moderna y la diversidad de sujetos actuantes que interaccionan, de manera más directa o más mediada, siempre con el proceso estructurante de la lucha de clases. Esto implica tanto dejar de lado las posiciones que pueden caer en un reduccionismo clasista como única explicación del conflicto, como aquellas otras que negando la lucha de clases, decretan la muerte de las contradicciones fundantes y construyen sujetos colectivos contingentes y temporarios en tanto un caso especial de acción colectiva.

La dialéctica acumulación-conflictividad-hegemonía

El análisis complejo de la lucha de clases y la observación de una diversidad de contradicciones nos conduce a lo que planteo como la relación dialéctica primordial “acumulación-conflictividad-hegemonía”, para poder abordar las diferentes expresiones del antagonismo en la sociedad contemporánea. Antagonismo que se expresa actualmente a partir de la presencia y la acción tanto de las clases como de los movimientos sociales, cada uno en términos de su disposición en el proceso socio-histórico a partir de la articulación entre estructura y sujeto.

El reconocimiento actualizado de la persistencia en el presente de varios de los componentes de la acumulación originaria⁶ nos obliga a establecer ciertos puntos centrales que nos permitan identificar y al mismo tiempo diferenciar procesos, para de esta manera poder establecer correlaciones con tipologías de conflictos, sujetos y demandas. Tanto en la reproducción ampliada (acumulación propiamente dicha) como en la llamada acumulación originaria, se produce la separación entre productores y medios de producción, pero mientras la primera implica la reproducción (continua) a escala ampliada de dicha separación, en la acumulación originaria podemos hablar de la creación *ex novo* de dicha separación (de una vez y para siempre) (De Angelis, 2012). A su vez, mientras en la reproducción ampliada esta separación se da y se mantiene “naturalmente” en base al juego conjunto consenso-coerción impuesta por las relaciones económico-políticas; en la acumulación originaria la separación es creada, principalmente, por fuerza directa extraeconómica (que se complementa y/o transforma en indirecta, por vía político-legal, en la continuidad de los mecanismos de este modo de acumulación). Y por último, podríamos establecer también que mientras en la reproducción ampliada lo que predominan son los mecanismos de explotación (extracción de plusvalía como componente esencial) en la acumulación originaria sería el mecanismo de expropiación (vía la fuerza) el predominante. La continuidad de los mecanismos de la acumulación originaria⁷ hace que esta conviva actualmente con los procesos de la reproducción ampliada, manifestándose de esta manera algunas de las contradicciones diversas ya mencionadas, de tal forma que es posible identificar correlaciones con la conflictividad social, que vayan bastante más allá de una simple tipología de sujetos (nuevos o viejos movimientos sociales, por ejemplo) complejizándose también los procesos de construcción de hegemonía. Esta continuidad hace que en el presente, la aparición de procesos y componentes de la acumulación originaria respondan a una estrategia del capital con la intención de avanzar sobre aquellas áreas de las relaciones sociales todavía no del todo incorporadas al mercado, en lugar del papel “primitivo” pre-capitalista que le otorga la teoría clásica. Es aquí donde se genera unas de las más visibles contradicciones, causa de origen de una gran vastedad de procesos de conflicto y germen a su vez de una gran diversidad de movimientos sociales; aquellos anclados en la defensa de los bienes comunes, sean estos naturales o culturales. Los mecanismos de la acumulación originaria representan en el presente no ya aquello que ocurre antes de la emergencia del modo de producción capitalista, sino que son más bien la base y la precondition para que la reproducción ampliada (o acumulación propiamente dicha) pueda llevarse a cabo con mayor amplitud, con todos los dispositivos y relaciones que esto implica a nivel político, cultural y en el plano de lo individual. Los bienes comunes deben dejar su cualidad de bienes colectivos para ser bienes privados para que las relaciones sociales capitalistas fluyan mucho más libremente⁸. De Angelis apela al concepto de “doble movimiento” de Karl Polanyi, en el sentido de resistencia por parte de las instituciones sociales de protección, ante el continuo embate del mercado por avasallar aquello todavía no mercantilizado. De esta manera, el proceso de cercamiento propio de la acumulación originaria puede fácilmente ser identificado en todas las políticas neoliberales (tanto en la periferia como en los países centrales) que se llevaron por delante las áreas de protección en términos de derechos comunes creadas tanto por el Estado de Bienestar europeo como por los programas populares-reformistas de la periferia (Riker, 1990; Federici, 1990; Levidow, 1990; Harvey, 2004).

Tras este muy breve repaso del primer componente de la tríada acumulación-conflicto-hegemonía, vale ahora completar la reflexión a partir de visualizar los procesos de dominación y hegemonía para profundizar en la emergencia de variadas formas de sujetos colectivos más o menos organizados que disputan, como se dijo, en base a la conjunción de las diversas contradicciones en el marco de una sociedad de clases y por lo tanto con la presencia de la lucha de clases como proceso que atraviesa y subyace las relaciones sociales. Lucha de clases que se nutre e interpenetra a partir

⁶ Ver Revista Theomai nº 25 y 26: <http://revista-theomai.unq.edu.ar>.

⁷ Michael Perelman (2012) sostiene la idea de que el carácter continuo de la acumulación primitiva ya está presente en Marx a pesar que por razones políticas más que teóricas enfatizó siempre sobre la “silenciosa compulsión del mercado”.

⁸ Vale remitirse a algunos trabajos previos: Galafassi, 2016 y 2017b.

del montaje combinado consenso-coerción correspondiéndose con la combinación hegemonía-dominación en tanto dos facetas simultáneas del poder y la correlación de fuerzas, integrando como guías rectoras una serie continua de mecanismos de graduación y combinación entre ambos (Gramsci, 1992). Así entendida entonces, la categoría hegemonía representaría una síntesis entre coerción y consentimiento. “El ejercicio normal de la hegemonía en el terreno devenido clásico del régimen parlamentario se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso que se equilibran en formas variadas, sin que la fuerza rebasa demasiado al consenso, o mejor tratando de obtener que la fuerza aparezca apoyada sobre el consenso de la mayoría que se expresa a través de los órganos de la opinión pública, los cuales, con este fin, son multiplicados artificialmente” (Gramsci, 1975). Hegemonía y dominación serán vistas entonces como dos caras que el poder hará suyas en pos de moldear fundamentalmente las relaciones culturales, políticas, de subjetivación e ideológicas con el objetivo de perpetuar la supremacía de los valores e interpretaciones de las clases dominantes. El consentimiento como herramienta más compleja y que necesita de un trabajo fino y un entramado de construcción cultural se contraponen en ocasiones pero se complementa en otras con la utilización del dominio y la fuerza directa. El objetivo es determinar reglas de juego favorables al capital y que estas reglas de juego no sean puestas en jaque. Este principio dialéctico de la contraposición-complementariedad se sustenta en la definición y conceptualización gramsciana de la “*doble perspectiva*” en la acción política y en la vida estatal. Es que resulta muy difícil visualizar a la coerción sin su complemento el consenso, y viceversa, remarcando así el carácter fuertemente dialéctico del par antinómico en desmedro claro de cualquier interpretación mecanicista. “Varios grados en los que puede presentarse la doble perspectiva, desde los más elementales hasta los más complejos, pero que pueden reducirse teóricamente a dos grados fundamentales, correspondientes a la doble naturaleza del Centauro maquiavélico, ferina y humana, de la fuerza y el consenso, de la autoridad y de la hegemonía, de la violencia y de la civilización, del momento individual y del universal (de la Iglesia y del Estado), de la agitación y de la propaganda, de la táctica y de la estrategia, etc.”⁹ (Galafassi, 2011).

Acumulación y hegemonía serán entonces las categorías claves para poder entender toda la complejidad de la conflictividad, como dimensiones de interrelación entre lo estructural y lo relativo a los sujetos. Complejidad que a su vez atraviesa la realidad construida en base a la tensión unidad-diferencias en base a la ya mencionada diversidad jerárquica de contradicciones. Solo en este entramado dialéctico puede entenderse la emergencia de sujetos colectivos diversos que hacen carne la conflictividad. La clase como categoría esencial en toda sociedad dialécticamente diseccionada entre dominadores y subordinados define la guía que sin embargo no se acaba en ella y permite la coexistencia y superposición de organizaciones y movimientos sociales que remiten, necesariamente, a la dinámica de clases pero que a su vez pueden guardar una autonomía relativa. Así, mientras las clases están estructuralmente definidas y subyacen a toda sociedad de clases, las organizaciones y movimientos sociales y políticos son contingentes y remiten a la expresión compleja de la conflictividad en base a la multiplicidad de contradicciones, siempre en interrelación, más o menos mediada, con el proceso de la lucha de clases. Vale agregar que lo político, lo organización y lo subjetivo-cultural suelen ser caracterizaciones más importantes que lo económico-estructural a la hora de dimensionar la existencia y el accionar de los llamados movimientos sociales.

Será más ilustrativo ahora divisar esta complejidad dialéctica de la conflictividad a partir de un breve recorrido por las últimas décadas marcadas por movimientos de pivote entre procesos de rebelión y de restauración conservadora, asumiendo así diferencias notables en tiempo y espacio. Es en este contexto que deben entenderse los emblemáticos “años ‘60” (que como aquí los entendemos empiezan en los ‘50 para extenderse hasta los ‘70) por cuanto representaron para el mundo entero una década de revueltas, protestas y revoluciones en más de un sentido, no solo político y económico sino

⁹ Cuaderno de la Cárcel 14, tomo V, p. 30.

también y sobre todo cultural-ideológico, subjetivo y simbólico¹⁰; pero también teórico y paradigmático. Si como dice Marshall Berman (1998) en la modernidad “todo lo sólido se desvanece en el aire”¹¹, en esos años la modernidad parecía potenciarse y entonces todo se desvanecía más rápido.

Rebeliones que se asentaron en cambios en los modos de acumulación y en los procesos de hegemonía política, que reconfiguraron no solo los procesos productivos sino también las relaciones sociales y los imaginarios culturales y colectivos; cambios sin los cuales no es posible entender la renovación de los conflictos y de las identidades participantes. Con la aparición de lo que se ha dado en llamar el Capitalismo Monopolista de Estado en su fase Keynesiana, este se erige en agente económico de vital importancia, propiciando una relativa “desmercantilización” de lo social a partir de la irrupción y consolidación del Estado de Bienestar. Se ensancha la conciencia de clase media entre la fuerza de trabajo, y se produce una paulatina fragmentación de la clase obrera, así como una pérdida de la conciencia de tal por parte de amplios sectores de la población (es la clase media subjetiva universal). Es aquello que Herbert Marcuse llamó sociedad unidimensional en las sociedades industriales avanzadas, haciendo referencia a un complejo proceso de construcción de hegemonía de tal manera de hacer que las opciones de cambio sean solo variantes del sistema de dominación y nunca una puesta en cuestionamiento real de la matriz profunda de la misma.

Pero al mismo tiempo, y como continuación y revisión constante de los procesos revolucionarios de principio y mediado de siglo, la cultura de la rebelión profundiza en su construcción antisistémica para configurarse renovadamente en tanto demandas de desburocratización de la izquierda, de renovación de las reivindicaciones clasistas y autónomas de la clase obrera y de movilización radicalizada de los estudiantes -que darán origen por ejemplo al Mayo Francés y al Otoño Caliente Italiano (Tronti, 1966; Negri, 1972)-. Crecen y se fortalecen una gran diversidad de organizaciones y movimientos ecologistas y ambientalistas (que habían sentado sus bases décadas atrás, cfr. Galafassi, 2006), junto a una revitalización del feminismo, motorizando a su vez la Guerra Fría el surgimiento de movimientos pacifistas. Estos últimos se encontraban fuertemente interrelacionados e imbuidos de una crítica a la concepción sesgadamente material de la existencia, aunque sobre una base esencialmente no clasista. Otras contradicciones se posicionan con fuerza, por encima o la par de la contradicción fundamental, sin negar ni eliminar a esta. El entramado cultural y de construcción de identidades se tensiona, asumiendo una mirada crítica respecto tanto a la concepción dicotómica de la división de la sociedad en clases como al propio lugar de la clase en relación a una diversidad de contradicciones más allá de la sustancial capital-trabajo. Las principales aportaciones de estos movimientos sociales estarán focalizadas en la órbita de la politización de la vida cotidiana para intentar dar respuesta a la colonización del mundo de la vida en tanto dinámica de extensión mercantilista a todos los aspectos de la existencia. Esto implicará denunciar y desafiar el pacto de clase hegemónico capital-trabajo, consustancial al Estado de Bienestar, que olvidó las denuncias de explotación o desigualdad en tanto las relaciones de género o división sexual del trabajo, en la instrumentalización mercantilista del hábitat humano y de la naturaleza en su conjunto, o la división internacional del trabajo y el militarismo; así como en la férrea moralidad sexual, de relaciones afectivas y de control sobre el cuerpo. La reconstrucción y resignificación de los valores

¹⁰ Vale la pena recordar, dado cierto olvido en estos años, que *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, de Louis Althusser (1969); *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, de Nicos Poulantzas (1968); *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, de Herbert Marcuse (1965); más una serie diversa de revistas producidas en Latinoamérica como *El Corno Emplumado*, *Contorno*, *Pasado y Presente*, *La Rosa Blindada*, etc., representaron, por ejemplo, obras fundamentales relativas a los análisis críticos sobre los mecanismos de dominación en el plano simbólico-ideológico, cultural y político.

¹¹ Frase resumida que remite a la cita textual del Manifiesto Comunista, tal como sigue: "Todas las relaciones fijas y herrumbadas, con su séquito de representaciones y opiniones ancestralmente veneradas, son disueltas; todas las relaciones recientemente formadas envejecen antes de poder osificarse. Todo lo establecido y estable se evapora, todo lo santo se profanado, y los hombres se ven, por fin, obligados a contemplar con una mirada sobria su opinión en la vida, sus relaciones recíprocas."

culturales y de la propia subjetividad implicó también focalizar fundamentalmente en las relaciones de dominación/hegemonía y reproducción ideológico-cultural, promoviendo la construcción de un concepto extendido de ciudadanía con nuevos derechos sociales incluyendo la incorporación de los ecológicos; defendiendo las identidades elegidas contra la estandarización y alienación; e impulsando la desmercantilización de ciertos consumos esenciales de tal manera de frenar la invasión de la esfera privada por las relaciones sociales de producción capitalista (Piqueras, 2002). Esta rica serie de movilizaciones de los años '60 y '70 expresó un renovado intento de resistencia y protesta frente a la sociedad disciplinaria –presente tanto desde el primer al tercer mundo- que incubó en parte las tragedias del siglo XX. Es decir que vemos aparecer toda una serie de sujetos colectivos que aceptamos llamar movimientos sociales, por cuanto no expresan directamente una identidad clasista nítida y se asientan en contradicciones varias sin que la contradicción fundamental sea la determinante. Estas contradicciones diversas ganarán la escena en aquellos años y serán los ejes de clivaje de buena parte de los conflictos desatados, coexistiendo y correlacionándose de diversas formas con la expresión más o menos directa de la contradicción capital-trabajo (la que obviamente no desaparecía a pesar del pacto).

América Latina por su parte, que al igual que Europa mantenía una larga tradición de conflictividad social y política, renueva su potencialidad de “desvanecimiento de lo sólido”. Por un lado, haciéndose eco aunque más parcialmente, de la dinámica de conflictos de los países centrales y su discusión entre capitalismo y las diversas corrientes de interpretación del marxismo, tomando incluso la veta rebelde anti productivista-consumista, y su propuesta de nuevas subjetividades. Pero por otro, predominará sin embargo toda una serie de revueltas propias, asentadas en la particularidad histórica latinoamericana en tanto complejo entramado de acumulación agrario-industrial, con sus sujetos sociales y culturas asociadas. Se ponían cada vez más en jaque no solo la hegemonía política interna, sino la relación de dominación imperial histórica a la que se veía sometida. La Revolución Cubana y toda la compleja dinámica guerrillera de la época junto a las movilizaciones estudiantiles, campesinas y obreras (y toda una propuesta de renovación en el arte y en las ideas), son solo ejemplos más que evidentes de estos procesos dialécticos.

Esta realidad latinoamericana y de toda la periferia nos muestra sin tapujos una confrontación abierta entre sectores y bloques sociales ligados más directamente al mundo productivo en donde la vieja contradicción capital-trabajo (reproducción ampliada) se conjuga más abiertamente con la contradicción capital-condiciones de producción (acumulación originaria), tornando todavía más insuficiente el análisis individualista a partir casi exclusivamente de categorías subjetivistas y organizacionales. Tanto es así que este ciclo de revoluciones, revueltas y rebeliones se termina cerrando vía los mecanismos de dominación más duros en donde la coerción directa y abierta se expresará claramente en la serie diversa de dictaduras militares genocidas de los años setenta que llegarán hasta los ochenta.

Posteriormente, y de la mano de las recetas neoliberales, el capital en su faceta más explícita -y sin intermediaciones de bienestar masivo- termina por reorientar el rumbo económico, social, político y cultural; restituyendo el papel de países exportadores de materias primas e instalando con éxito casi pleno el valor del individualismo en su más pura esencia como el leitmotiv del papel del sujeto en el entramado social (que más que nunca imitará a la teoría de la competencia en el mercado). Los bienes comunes naturales y sociales comienzan a ser un eje de interpretación que enriquece el debate -aunque bajo la relativamente ingenua categoría de “extractivismo”- (Galafassi, 2017) y que aparecen en escena también en el marco de los conflictos y antagonismos característicos de la reproducción ampliada. Serán estos bienes comunes naturales como la tierra y los recursos naturales o los bienes sociales conquistados los que son “expropiados” vía mecanismos de la acumulación originaria (“nuevos” cercamientos), al entrar en vigor el modo de acumulación neoliberal. Se produce de nuevo una separación, por un lado entre algunas poblaciones y trabajadores y sus medios de producción originales, y también por otro entre algunos otros trabajadores y fracciones de clases diversas y sus condiciones de vida mejoradas gracias a la conquista de los bienes comunes sociales. Al trastocarse las identidades previas, se reconstruyen estas y se va logrando una organización de

lucha, solidaridad y nuevas formas de auto-sustentación que tendrán diferentes historias de acuerdo a variables diversas de las regiones en cuestión. Las nuevas relaciones hegemónicas generaron excluidos que pasaron a luchar por ser incluidos nuevamente, o en algunos casos por cambiar las relaciones de dominación (Galafassi, 2014).

Respecto a los movimientos de trabajadores desocupados y los de fábricas recuperadas, que involucran a las clases fundamentales de la contradicción primaria, podríamos situarlos en tanto luchando por la recuperación de su única fuente de ingresos al estar condicionados a ser proletarios, considerando al trabajo como un “derecho” (tal como lo definen los principios liberales), y oficiando en concordancia con los efectos de un “bien social común”, por cuanto la condición de trabajadores es lo que les permitía subsistir, aunque sean explotados. A su vez, actuaba como la condición básica para constituirse en asalariado, para constituirse como clase (más allá que muchas veces la subjetividad e identidad no acompañe necesariamente a su condición social de base, proceso en el cual intervienen, entre otros, los diversos dispositivos culturales y políticos generados a partir de la construcción ramificada y compleja de hegemonía por parte de las fracciones de clase dominantes y sus aliadas). A pesar de ser el trabajo asalariado sinónimo de creación y transferencia de valor, es el único medio de subsistencia para los trabajadores en las sociedades capitalistas y de ahí que su ausencia vía la desocupación (despojo) origina el reclamo por recuperar la única fuente de ingresos, un “derecho” perdido vía la política de la privatización.

Por su parte, las movilizaciones de campesinos y de pueblos originarios que se vienen gestando a lo largo de toda América Latina desde el mismo momento de la conquista, así como los más recientes movimientos policlasistas para oponerse a los proyectos mega-extractivos, intentaron e intentan poner un freno al “saqueo” del territorio que afecta de modo directo la continuidad de la vida de cientos o miles de comunidades. Se posicionan, en tanto expresión mediada de la compleja dialéctica de la lucha de clases, tomando a la naturaleza y al territorio como un bien común, adoptando de esta manera el papel histórico más tradicional en la argumentación sobre los fenómenos de despojo por la fuerza, vinculado a los procesos de la clásica acumulación originaria. Territorio y naturaleza en tanto bienes comunes remiten directamente a los postulados de Marx y Luxemburgo, pero también al tratamiento que hiciera el ecologismo crítico de los años '60 sobre el tema o los planteos actuales que recuperan la discusión sobre la pervivencia de los mecanismos ligados a la acumulación originaria¹².

Por último vale citar la larga serie de conflictos, protestas y movimientos sociales creados alrededor de la lucha por los derechos humanos, clave en el período post-dictaduras en América Latina, pero también más en la actualidad a nivel de todo el planeta como consecuencia de los efectos, ahora más visibilizados desde ciertas aristas, de las políticas de concentración de la riqueza y las políticas de colonización y pauperización (migraciones, hambrunas, catástrofes sanitarias, etc.). Estos conflictos se asientan básicamente sobre la contradicción clásicamente moderna entre las libertades y derechos consagrados por los principios de la democracia liberal representativa y las necesidades de dominación y explotación económicas del desarrollo del capitalismo. Esta tensión es permanente y variable según los casos y los procesos históricos. Se manifiesta con cierto equilibrio (con todas las limitaciones que el régimen impone pero legitimado a partir de la construcción de unas “verdades hegemónicas” que son aceptadas por las mayorías) o por el contrario se generan violaciones varias, como las desapariciones, los fusilamientos y las torturas, a lo que fueran establecidos como derechos humanos esenciales y que tuvieran su origen en la propia Revolución Francesa. De esta contradicción se generan conflictos a partir de los cuales surgen múltiples y diversos movimientos sociales, constituidos mayoritariamente de manera policlasista, con diversas fracciones de clase, desde trabajadores acomodados hasta distintas porciones de la pequeña burguesía. La lucha de clases los

¹² Ver Revista Theomai 25 y 26 dedicadas íntegramente a tratar esta problemática. <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2025/Index.htm> (Modos de acumulación, recursos naturales y dominio colonial en América Latina); <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2026/Index.htm> (Trazos de sangre y fuego: ¿continuidad de la acumulación originaria en nuestra época?)

atraviesa a todos, pero no aparece como el punto de clivaje que los define. Los movimientos de derechos humanos en tanto responden a los emergentes generados por contradicciones de base político-culturales, no se vinculan directamente con la contradicción capital-trabajo, aunque obviamente esta sea la contradicción fundamental de la sociedad moderna capitalista a partir de la cual se generan las mismas. Entonces las luchas por los derechos humanos no pueden ser entendidas ni como una expresión directa de la lucha de clases, pero ni tampoco negar que están atravesadas por ella. Es entonces que la complejidad dialéctica de la lucha de clases se expresa mediada, y de forma indirecta, a partir de otras contradicciones que generan movimientos sociales policlasistas que ni niegan ni ocultan los mecanismos de dominación y explotación, pero que al mismo tiempo tampoco afloran como la típica contradicción capital-trabajo que se muestra como tal en el ámbito del proceso de producción.

Consideraciones finales

La disputa teórica en pos de neutralizar o bien la categoría clase (y su antecedente/consecuente lucha de clases) o bien la categoría movimiento social (y su antecedente/consecuente acción colectiva) en el marco de miradas ajustadas a solo algunas premisas de la realidad no ha generado hasta el momento explicaciones capaces de abarcar la complejidad dialéctica de los procesos sociales. La anulación, por otro lado, de la inherente conflictividad presente en sociedades construidas sobre la desigualdad estructural y su reemplazo por “entredichos” focalizados a partir de agravios puntuales y la puesta en común de intereses individuales, no solo representa una obturación política hacia cualquier instancia superadora sino que al mismo tiempo imposibilita comprender la multiplicidad y profundidad de las relaciones sociales y sus entramados de antagonismos y contradicciones.

Los conflictos y las luchas deben entenderse entonces en el marco de un juego siempre dialéctico, en donde la preminencia configurativa de la lucha de clases como soporte de las relaciones sociales debe significar entonces poder asumir la existencia de diferentes agentes colectivos. Por un lado considerar obviamente a las clases, indispensables a la hora de entender las sociedades modernas, pero para nada suficientes para explicar las múltiples expresiones del antagonismo. Esta lucha de clases a su vez puede asumir características arquetípicas de la reproducción ampliada (conflictos del mundo del trabajo, clase obrera, salarios, desocupación, etc.) o de la persistencia de los mecanismos y componentes de la acumulación originaria (privatización de bienes y derechos comunes); o de las diversas combinaciones complejas entre ambos. Pero los conflictos son a su vez contruidos socialmente en términos de su significación y de su legitimación identitaria y simbólica en el intercambio (desigual) político y socio-cultural de las relaciones de hegemonía y dominación. Y se manifiestan a su vez, a partir de variadas estrategias de protesta, de lucha y de deconstrucción de las hegemonías establecidas en términos del cuestionamiento a los intereses particulares de unas clases devenidos en ficticios intereses generales por la lógica de la dominación.

Siendo la contradicción capital-trabajo aquella contradicción fundamental de toda formación social con predominancia capitalista, y aquella que precisamente distingue al capitalismo de otros modos de producción, esto no determina que las únicas conflictividades posibles o relevantes sean aquellas fundadas en el mundo de la producción. Por el contrario, la contradicción fundamental no anula otras contradicciones sino que se interpenetra con ellas y complejiza la trama de antagonismos generando así una dinámica histórica de formas y características diversas en que se dan los modos de protesta y lucha, así como las razones más específicas que motivan los conflictos. Esto nos obligará siempre a descubrir la jerarquía de contradicciones que definirá y orientará prioritariamente cada expresión particular. Por otro lado, es muy distinta la conflictividad social en un contexto político-ideológico-cultural que potencia la construcción colectiva de herramientas de cambio que cuando lo que prima es la máxima hobbesiana de la supervivencia individual. Los antagonismos que afloran no tienen por qué ser siempre los mismos, más allá de la permanencia de la contradicción fundamental. Existe ciertamente una legitimación hacia aquello que puede ser o no objeto de protesta, aunque

obviamente esta legitimación se construye históricamente a partir de la interacción entre el entramado complejo de las relaciones de producción y los procesos de subjetivación y construcción de sentidos, que en una sociedad de clases estarán siempre mediados por los procesos de dominación y hegemonía. Así, cualquiera sea el caso particular, la norma general será el conflicto en el marco de la pervivencia de la lucha de clases, entendida esta en términos claramente dialécticos, dinámicos y complejos; en donde la clase también se construye a sí misma y lucha, a su vez, se manifiesta de múltiples maneras.

La conflictividad social entonces solo podrá entenderse en este entramado complejo y dialéctico, y en razón de sus procesos de construcción sociohistóricos. Esto significa abandonar definitivamente cualquier intento de monismo teórico-metodológico que haga hincapié en la explicación reduccionista. Esta tendencia remite siempre a una verdad revelada que no puede ser cuestionada. Será necesario, entonces, reemplazarlo por la primacía de una praxis conformada en base a una teoría y un análisis crítico de las relaciones sociales (lo que de ninguna manera implica derivar en un eclecticismo sin genealogía conceptual fundante, tal lo predominante en estos tiempos presentes). Relaciones sociales que son dialécticas per se, descartando así también la simple trama de relaciones sistémicas sin jerarquías al mismo tiempos que las determinaciones individualistas de lo social. Solo un proceso de conocimiento basado en la comprensión y explicación de las relaciones dialécticas asentadas en la presencia de antagonismos nos permitirá superar los reduccionismos dominantes y empezar a comprender la conflictividad en su complejidad, que lleva implícito tanto la relación jerárquica de contradicciones como la diversidad de sujetos que se construyen a partir del entramado base de la lucha de clases.

Bibliografía

ALTHUSSER, Louis: **La revolución teórica de Marx**. México, Siglo XXI, 1967.

_____ **Ideología y aparatos ideológicos del Estado**. México, Siglo XXI, 1969.

De ANGELIS, Massimo: “*Marx y la acumulación primitiva: el carácter continuo de los cercamientos capitalistas*”, en **Revista Theomai**, N° 26, segundo semestre 2012, pp. 16-35.

BERMAN, Marshall: **Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad**. Madrid, Siglo XXI, 1998.

FEDERICI, Silvia: “*The debt crisis, Africa and the New Enclosures*”, en **Midnight Notes**, New York, 1990, N° 10, pp. 10-17.

FRONDIZI, Silvio: **Doce años de política argentina**. Buenos Aires, Praxis, 1958.

GALAFASSI, Guido: “*Cuando el árbol no deja ver el bosque. Neofuncionalismo y posmodernidad en los estudios sobre movimientos sociales*”, en **Revista Theomai**, N° 14, segundo semestre 2006, pp. 37-58, <http://revista-theomai.unq.edu.ar>.

_____ (comp): **Ejercicios de hegemonía. Lecturas de la Argentina contemporánea a la luz del pensamiento de Antonio Gramsci**. Buenos Aires, Herramienta ediciones, 2011.

_____ “*Procesos de construcción social de los conflictos y modos de acumulación. Una correlación necesaria*”, en **Apuntes de Acumulación**. Ranelagh, Theomai – Extramuros, 2014.

_____ “*De la mediación social de la naturaleza a la construcción histórica del espacio. Dialéctica y conflictividad socio-territorial y ambiental*”, **I° Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Sociales Latinoamericanos**. Universidad Nacional del Sur Bahía Blanca (Argentina) 10, 11 y 12 de mayo de 2017.

_____ “*Entre la acumulación primitiva y la reproducción ampliada. Una reactualización del debate y su correlación con la explicación de los conflictos sociales*”. **Política. Revista de Ciencia Política**, Universidad de Chile. Vol. 54, N° 2, 2017b

_____ y PEREZ ROIG, Diego: “*Conflictividad social, territorialidad y modos de acumulación. Una primera aproximación teórica*”, en FIDEL, C. y VILLAR A. (comp.): **Miradas y controversias del desarrollo territorial en Argentina. Aproximación a un enfoque analítico**, Buenos Aires, CCC – UNQ, 2016.

- GRAMSCI, Antonio: **Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno**. México, Juan Pablo Editor, 1975.
- _____ **Quaderni del carcere**. Torino, Giulio Einaudi editore, 1975.
- _____ “*Análisis de situaciones y correlaciones de fuerzas*”, en *Antología*, selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. México, Siglo XXI, 1992.
- HALL, Stuart: **Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en los estudios culturales**. Quito-Bogotá-Lima, Universidad Andina Simón Bolívar – Pontificia Universidad Javeriana – Instituto de Estudios Peruanos – Enviñon, 2010.
- HARVEY, David: **El nuevo imperialismo**. Madrid, Akal, 2004.
- LUXEMBURG, Rosa: **La acumulación del Capital**. Terramar, La Plata, 2007.
- LEVIDOW, Les: (1990). “ *Holding the Green Line, Israeli Ecological Imperialism*”, en **Midnight Notes**, New York, 1990, N° 10, pp. 23-27.
- MARIATEGUI, José Carlos: **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**. Varias Ediciones, 1928.
- MARCUSE, Herbert: **El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada**. México, Ed. Joaquín Mortíz, 1965.
- MARX, Karl: **Historia crítica de la teoría de la plusvalía**. Buenos Aires, Brumario, 1974.
- _____ **El Capital**. Tomo I, vol. 3, “El proceso de producción del capital”, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- NEGRI, Antonio: **Los libros de la autonomía obrera**. Madrid, Akal, 2004 (1972).
- O’CONNOR, James: **Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico**. México, Siglo XXI, 2001.
- PEÑA, Milcíades: **Introducción al pensamiento de Marx**. “*Notas inéditas de un curso de 1958*”, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000 (1958).
- PERELMAN, Michael: “*La historia secreta de la acumulación primitiva y la economía política clásica*”, en **Revista Theomai**, N° 26, 2012, pp. 36-55.
- PIQUERAS, ANDRÉS: **Movimientos sociales y capitalismo. Historia de una mutua influencia**. Valencia, Ed. Germaia, 2002.
- POLANYI, Karl: **La gran transformación. Crítica del liberalismo económico**. Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1989.
- POULANTZAS, Nicos: **Poder político y clases sociales en el Estado capitalista**. México, Siglo XXI, 1968.
- _____ **Las clases sociales en el capitalismo actual**. Barcelona, Siglo XXI, 1977.
- REVISTA THEOMAI 25: **Modos de acumulación, recursos naturales y dominio colonial en América Latina**; <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2025/Index.htm> (2012).
- REVISTA THEOMAI 26: **Trazos de sangre y fuego: ¿continuidad de la acumulación originaria en nuestra época?**; <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2026/Index.htm> (2012).
- RIKER, David: “*The struggle against enclosures in Jay, Maine*”, en **Midnight Notes**, New York, 1990, N° 10, pp. 42-53
- THOMPSON, E.P.: **Miseria de la teoría**. Barcelona, Crítica, 1981.
- TRONTI, Mario: **Obreros y capital**. Madrid, Akal, 2001 (1966).
- WILLIAMS, Raymond: **Marxismo y literatura**. Barcelona, Ediciones Península, 1977.